

ala delta

César PÉREZ DE TUDELA

YO VI AL YETI
RELATOS DEL BARÓN
DE COTOPAXI



El barón de Cotopaxi es un viajero intrépido que ha vivido emocionantes aventuras. En una ocasión, un yeti le salvó la vida; en otra, un oso polar hizo lo mismo.

Durante sus numerosas expediciones también ha podido conocer a gente de muchos lugares, así como su historia y sus apasionantes leyendas.

César Pérez de Tudela es un famoso alpinista que cuenta en su trayectoria deportiva el haber conquistado las montañas más importantes de la Tierra. También es abogado y doctor en Ciencias de la Información.

Índice de contenido

Cubierta

Yo vi al yeti. Relatos del barón de Cotopaxi

Prólogo

Al otro lado del Qomolangma

Yo vi al yeti

Las aventuras de Maurice Wilson

La lección

Un paso más

El zumbido de abejas

La leyenda del Aconcagua

He matado al oso

Glosario

Notas

Aunque el autor de este libro lleva el título de barón de Cotopaxi, ello no nos autoriza a identificarlo con el barón de Cotopaxi que narra las historias que vamos a leer. Éste es un personaje de ficción; viajero, explorador, alpinista, que siempre persigue el horizonte vertical de la vida. Unas veces es el protagonista de los relatos; otras, simplemente el narrador de historias imaginadas, o de sucesos reales que a él le hubiera gustado vivir (las aventuras de Maurice Wilson, por ejemplo; o las situaciones en que Eugenio Fasanna consiguió salvar su vida).

Pero no hagamos tampoco una división demasiado tajante entre los dos barones de Cotopaxi. El autor de este libro ha experimentado la mayor parte de las situaciones que aquí se cuentan; también él ha visto al Futre, a él también le hubiera gustado encontrarse con el yeti... ¿Quién podrá deslindar la realidad y la fantasía, lo que ocurrió y lo que pudo haber ocurrido?

Las palabras señaladas con asterisco se explican en el glosario situado al final del libro.

Al otro lado del Qomolangma

Anochecía... Junto al fuego, un viejo sherpa me contaba historias de sus antepasados.*

EN aquellos inmensos territorios del Tíbet tan sólo existían unos cuantos poblados dispersos. Muy cerca se extendían las montañas, permanentemente cubiertas de nieve. El verano duraba poco por esas altas y frías planicies, donde el calor era desconocido. Las cosechas de cereales se helaban con frecuencia cuando el invierno se alargaba o se anticipaba. La vida era dura allí. ¿Existiría otra tierra?

Chowan estaba pensativo, mientras sus ojos se posaban una y otra vez en el horizonte mirando hacia el Qomolangma^[1], la gran montaña, al lado de muchos otros picos que relucían al sol mostrando un caos de hielos entre verticales ventisqueros.

—Siempre oí decir que, detrás del Qomolangma, existe un país en el que no hace tanto frío y la yerba crece muy alta.

—Sí, yo también lo había oído a los lamas*, en el monasterio de Rongbuk. Pero nadie sabe si será cierto. Además, ¿quién podría cruzar los precipicios helados del Qomolangma? —añadió Penbat, un joven pastor de yaks con facciones muy bien dibujadas y pelo rotundamente negro.

Hacía muchos años que se hablaba de lo mismo entre los habitantes de aquellos pueblos. Ir al encuentro de aquella región de paisaje verde era casi una forma de soñar.

Relativamente cerca estaba el monasterio de Rongbuk. Allí moraban los venerables lamas, que sabían todo

sobre la tierra y el mundo. Pasaban la mayor parte del tiempo orando, reclusos en sus celdas de piedra, y las pocas veces que salían de ellas charlaban con los peregrinos –que acudían en gran número al famoso lugar– sobre la tierra que estaba más allá de las montañas: el país del sol.

Nadie recordaba, sin embargo, si se había intentado cruzar las montañas hacia el otro lado. Si alguien lo había conseguido, jamás regresó.

Chowan Rinci era, como casi todos los hombres de aquellas aldeas, un pastor de yaks –esos animales parecidos a las vacas, llenos de pelos negros y largos que les cuelgan de la tripa y las patas–. Ellos daban a aquellas gentes todo cuanto podían necesitar: leche, carne (que comían escasamente), piel (que utilizaban para abrigarse de los grandes fríos, así como para hacer toldos en los que cobijarse en sus largos viajes, cuando se acercaban en peregrinación a Rongbuk –algunos pocos habían ido incluso a la ciudad santa de Lhasa, a varias semanas de camino, donde estaba su jefe y su dios el Dalai Lama–).

Aquella tarde del mes de la serpiente –la época menos fría del año–, Chowan estaba obsesionado con emprender el viaje que tantos años llevaba pensando como un sueño irrealizable. Allí en el horizonte, bajo el Qomolangma, había un sitio que llamaban Lho La, una especie de collado muy alto. No había otro lugar más adecuado como posible paso.



Cuando llegaron a su aldea –una sucesión de casas de piedra encaramadas por la vertiente, adornadas con banderolas blancas que ondeaban en el viento–, Chowan y Penbat subieron nerviosamente la cuesta que les conducía a su sencilla vivienda. A pesar de ser verano, hacía frío, y la cocina estaba encendida en el suelo. En cucilllas –la postura más antigua del hombre– tomaron, como era su cos-

tumbre, *cha** con grasa de yak y sal, a grandes y ruidosos sorbos.

–Penbat, ve y avisa a Lakpa, a Tensing, a Narayan y a cuantos puedas encontrar –indicó Chowan con autoridad –. Esta tarde tenemos que hablar del gran viaje. No podemos esperar otro año. Ha llegado el momento de decidirse.

Era casi noche cerrada cuando aparecieron aquellos hombres que, en silencio, se sentaron alrededor de la cocina. Dijo Chowan, con solemnidad y en tono firme:

–Hay que partir ya, antes de que vuelva el invierno y la nieve haga más difícil la marcha. Creo que sé cuál es el camino.

Todos asintieron como si llevaran siglos esperando que alguien dijera exactamente eso: «Sé cuál es el camino». ¿Cuántos años había tardado?

Cuando los otros hombres se fueron a sus casas, Chowan se tumbó al lado de la lumbre. Esta vez no se durmió enseguida, como todas las noches anteriores de su vida. Daba vueltas y más vueltas sobre su estera, sin poder dormir. La emoción de haberse decidido –por fin– a emprender el gran viaje le mantenía despierto a pesar de su cansancio.

¿Cómo sería el Lho La? ¿Lo podrían cruzar los yaks? ¿Y las mujeres y los niños? «Ellas son tan fuertes como los hombres», pensó después. «No, no habrá problemas. Y, si no pudiéramos pasar, volveríamos otra vez a nuestro poblado».

* * *

Una larga procesión de gentes y animales se puso en marcha hacia el Qomolangma. Desde el amanecer se habían estado preparando. Caminaban, entremezcladas, casi un centenar de personas, entre hombres, mujeres y niños. A algunos, muy pequeños, les llevaban sus madres a la es-

palda, envueltos en toquillas de lana. El camino, aunque amplio, era incómodo, entre piedras sin vegetación alguna. Era el mismo que llevaba al monasterio de Rongbuk.

Cinco días tardaron en llegar a aquella aglomeración de casas que se asentaban alrededor de los stupas*, verdaderos monumentos de piedra, pintados y adornados con esmero por aquellos viejos lamas, y por los niños o jóvenes que, con las cabezas rapadas, obedecían en silencio las indicaciones de los ancianos. Allí acamparon, en el lugar destinado a los peregrinos, montando sus grandes toldos. Los yaks se dispersaron buscando manchas verdes en las proximidades del torrente.

Chowan, acompañado de Penbat y Narayan, pidió a un viejo monje permiso para visitar al gran lama, que se encontraba descansando en un aposento, tras la gran estancia principal del templo. Quería saber más del camino y, sobre todo, de lo que había tras el Qomolangma.

El gran lama los recibió silencioso, con una vieja sonrisa de afecto, como a tantos y tantos peregrinos había recibido a lo largo de su vida.

Les contó que tras el horizonte de montañas había unos grandes glaciares y las tierras descendían bruscamente al encuentro de prados verdes, en donde existían árboles. Quizás tendrían un grave problema: entre los bosques de pinos azules y abedules vivía el yeti.

Cuando abandonaron la oscura estancia, ni Chowan ni sus compañeros sabían bien qué había querido decirles el gran lama. ¿A quién se refería?

Sesenta yaks y noventa y seis personas –de las que veintiséis eran hombres– caminaron cuatro días más, en larga caravana, subiendo constantemente. Era un terreno de pedreras, difícil de andar hasta para las robustas pezuñas de los yaks. Las montañas estaban cada vez más próximas y nadie había llegado jamás tan cerca de ellas.

Aquel atardecer montaron sus toldos en el borde mismo de un enorme río de hielo: era un glaciar en donde la nieve estaba helada y prensada desde hacía muchos siglos. Chowan ordenó que se recogiese hasta la última de las boñigas de los yaks. A partir de ahora, estos excrementos secos serían su único combustible para calentarse y hacer el *cha* con grasa.

¿Cuántos días de camino les esperaban aún? ¿Podrían andar bien por aquella nieve, que al fondo se veía muy pendiente?



Allí, al lado de aquel glaciar, permanecieron tres días descansando. Chowan dijo a los otros hombres que era necesario para los yaks. Pero lo cierto era que quien necesitaba tiempo era él; tiempo para pensar, antes de dar el último paso hacia el Lho La: la gran promesa de unas tierras fértiles y, en contra, el desasosiego ante el temor a lo desconocido. Chowan pensó en las dificultades de subir

por aquel río de hielo, viendo las grietas que abrían centenares de metros abismales, en una tenebrosa oscuridad azul y negra. Sería muy duro llegar arriba, y muy especialmente bajar, si era que se podía.

Aquellos tibetanos no supieron jamás que llegaron a subir, penosamente, más de dos mil metros. Los hombres, siguiendo una costumbre milenaria que todavía perdura en los pastores de yaks, silbaban para animar a las bestias a que continuaran el ascenso. Iban cada vez más lentos, por efectos de la hipoxia*. El frío, al amanecer y al atardecer, empezaba a ser insoportable, sobre todo para los niños pequeños, a quienes las mujeres llevaban como si fueran mochilas. Lo peor de todo era el viento, que los zarandeaba, y hasta les hacía perder el equilibrio y resbalar por el hielo. Mucha suerte tuvieron los que caían: pudieron asirse a unos salientes de las rocas, sin lamentar ningún otro contratiempo de mayor gravedad.

Estaban ya muy próximos al alto. Las cimas, envueltas por las nubes, no se veían; pero ello poco parecía importar a aquellos seres, que sólo se afanaban en ir poniendo los pies en las huellas que quienes les precedían —hombres o animales— habían marcado en la nieve helada. Las nubes impedían la visibilidad, pero aun así podía distinguirse mucha nieve acumulada en las vertientes y laderas del Khumbutse.

Entonces ocurrió lo que Chowan había temido sin atreverse a confesárselo a nadie. Debió de ser una ráfaga de viento más fuerte que las otras la que produjo el alud. De pronto, un extraño y ensordecedor ruido, a cada instante más próximo, les hizo ver el peligro. Una gran masa de nieve se acercaba a ellos. Chowan, crispado, miraba llegar lo inevitable. La ola de nieve arrastraría lo que encontrase a su paso. Y así fue. El borde lateral del alud chocó tangencialmente con la hilera de personas y yaks. Entre

los remolinos se vieron cabezas de animales y de seres humanos, que tan pronto asomaban a la superficie como eran tragadas por la nieve que descendía arrastrando vertiginosamente a los desgraciados que los dioses habían elegido. Chowan estaba fuera de sí, en un estado de nervios que su voluntad apenas podía controlar. Pasó el alud, y el único ruido volvió a ser el del viento.

Entonces, poco a poco, lamentos y sollozos comenzaron a esparcirse por aquella abrupta ladera. Las gentes tenían los ojos desorbitados por lo que habían visto. Faltaban Narayan y su familia. También había desaparecido la mujer de Dawa, que llevaba en la espalda a su hija. Qué gran tragedia...

Chowan miró hacia el fondo de la vertiente y no vio vestigios de los desaparecidos. La calma de aquel atardecer quería mostrar la cara amarga de las montañas y de la vida. Los dioses así lo habían querido. Y uno de ellos era el gran pico del Qomolangma, el que ningún pájaro podía sobrevolar.

Chowan lloraba. Las lágrimas resbalaban por su rostro moreno, curtido por los soles de muchos años a la intemperie. El llanto y la indignación contra los dioses por la desgracia ocurrida no empañaban el tono de su voz.

—Hay que seguir subiendo. Nada podemos hacer ya por ellos.

Y aquellas gentes, impresionadas por la tremenda desgracia, volvieron a marcar sus huellas en la nieve. Cada grupo de cuatro o cinco yaks, cargados con enseres metidos en sacos de piel, era conducido por un hombre, que silbaba una melodía para estimular a los animales a reemprender el camino, como si nada hubiese ocurrido.

Unos fuertes remolinos de aire indicaron a Chowan que ya estaban en el Lho La. Detrás subía Penbat, animando a cuatro yaks con sus silbidos, ya muy apagados por el

cansancio. Era una larga hilera la que se distinguía desde aquel collado, entre montañas, a más de seis mil metros de altura. Era todo un pueblo el que le seguía, una verdadera emigración en busca de tierras mejores. Chowan se dio cuenta, allá en lo alto, de la trascendencia de sus empeños. Él era el responsable de aquella odisea. Muchas familias habían abandonado su casa, y todo cuanto poseían, para emprender aquella aventura en busca de un horizonte mejor.

El viento soplaba con fuerza. Chowan encargó a Penbat que siguiera abriendo camino hacia el nuevo valle. Atrás quedaba un paisaje gris, frío y yermo, en el que sus padres y los padres de sus padres habían malvivido entre la altitud y la escasez. El valle nuevo estaba allá abajo, donde los hielos terminaban.

«Si las grietas del glaciar y los aludes no lo impiden, llegaremos», pensó Chowan.

El descenso discurría por un paraje impresionante. Hombres y animales marchaban encajonados por un hondo pasillo de piedra totalmente cubierto de hielo, que descendía muy pendiente –casi con peligro de despeñamiento– al lado de la arista del Qomolangma y del Khumbutse. Era una visión grandiosa la de todo un pueblo bajando por aquella especie de túnel que comunicaba dos mundos. Abajo, justo enfrente, seguían viéndose nieve y montañas, posiblemente el contrafuerte del valle. La tierra quedaba todavía muy abajo, casi a tres mil metros.

Chowan se apresuró. Todos se le habían adelantado bajando por la otra vertiente, misteriosa y nueva, como un ensueño. No pudo evitar mirar hacia el norte, a las tierras grises y ásperas del Tíbet, por las que había discurrido su vida. Aterido, se puso nuevamente en marcha hacia abajo, colocando sus botas de piel sobre las huellas que habían pisoteado los animales.